Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 28.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Chaqueta rusa.—Chaqueta Postillon.—Flores de lana: camelia.—Trage con toquillon para niña de 4 á 6 años.—Velo de butaca.—La caza de un jabalí.—Leandro.—Explicacion del grabado de modas.—A Bellini.—Oda.—Viaje de Edmundo Broomley.—Teatro Principal.—Una reclamacion filarmónica.—Explicacion del figurin iluminado.—Solucion del gereglífico anterior.

Chaqueta rusa.

Nuestro modelo se hace de cachemira verde oscuro; la guarnicion se compone de terciopelo negro puesto plano, y de bordados de trencilla negra. Esta chaqueta puede hacerse de cualquier color; se la lleva tambien con una enagua igual. Si el vestido se hace de piqué blanco, el terciopelo se sustituirá con piqué lila ó maiz, el cual orlará tambien lo bajo de la enagua, bordada como la chaqueta.

Chaqueta Postillon.

Se hace este modelo bien para trage de amazona, bien en cachemira negra ó de color oscuro para remplazar un corpiño ya usado. Esta chaqueta se guarnece con reps negro, adornado con trencilla y pasamanería; estas tiras cubren tambien dos costuras de la espalda. El chaleco es de tafetan negro, bordado de trencilla, la chaqueta se adorna con borlas largas.

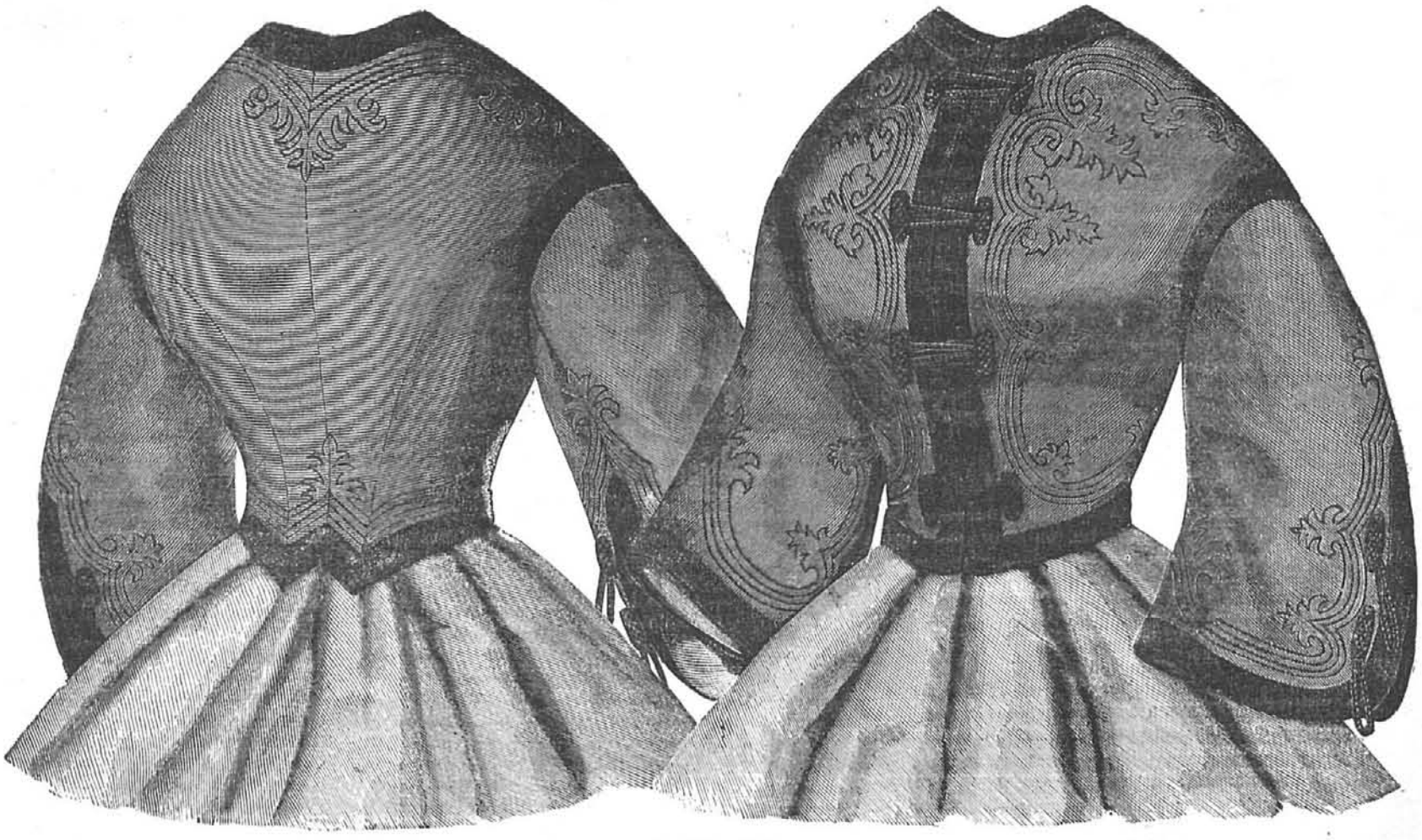
FLORES DE LANA.

CAMÉLIA.

(Véanse los artículos anteriores.)

MATERIALES.—Lana céfiro de tres puntos de color de cereza claro.

La camelia tiene tres órdenes de hojas redondeadas, un poco dobladas hácia afuera; un dibujo especial reproduce en su original tamaño una de las hojas del centro; la fila exterior se compone de siete hojas algo mas grandes, la fila interior de 5 hojas un poco mas pequeñas que las de la fila del centro. Ejecútanse como las hojas de la violeta, cuya explicacion circunstanciada hemos publicado en uno de los números correspondientes al año actual.



CHAQUETA RUSA.

© Biblioteca Nacional de España

Las 7 hojas grandes se hacen con el punto de color mas oscuro; se las ejecuta sobre un molde que tenga dos centímet.s y medio de ancho, el pedazo de fleco que las forma debe tener tres centímetros y medio de largo; el molde para las hojas pequeñas tiene un centímetro y tres cuartos de ancho, y el fleco dos centímetros y medio de largo; el dibujo de una de las hojas que están entre estas dos indica su tamaño intermedio; esta fila se hace con el punto de color medio.

Para el centro, se ata al rededor de un tallo de alambre una borla hecha con hebras de lana del color mas claro; esta borla tiene un centímetro y cuarto de largo; se la peina, se la rodea con hebras de hilo teñidas de amarillo, engomadas y empapadas en harina de avena, igualmente teñidas de amarillo con azafran. Al rededor de este corazon se ponen primeramente las cinco hojas pequeñas,—despues las seis medianas,—luego las siete grandes: cada una de las filas debe exceder á la otra en cerca de un centímetro.

VELO DE BUTACA.

Trage con toquillon para niña de 4 á 6 años.

Nuestro modelo se compone de un trage de popelina de verano, á cuadros blancos y azul Méjico, adornado de cachemira azul Méjico, la berta estrecha que rodea el corpiño escotado, el cinturon y la guarnicion de las mangas son igualmente de cachemira azul Méjico, con adornos de esterilla de lana negra.

La enagua tiene 45 centímetros de largo, por dos metros y 62 centímetros de ancho; está forrada de gasa fuerte y plegada en diez pliegues dobles y anchos. La tira de cachemira tiene 7 centímetros de alto, está puesta á 6 centímetros de distancia del borde inferior de la enagua, y va rodeada de esterilla negra. El corpiño se forra de percal. Se cosen las nesgas del pecho, y luego se reunen las diferentes partes del traje. El corpiño, que se cierra por detrás con corchetes, va guarnecido por delante y por detrás, en el medio, con tiras flexibles. — La berta se compone de una tira recta forrada de gasa fuerte. Se une la berta al corpiño poniendo un vivo de cachemira azul.

La manga se forra de gasa fuerte plegada en cada borde, el inferior se coloca en el puño. Al otro lado de este puño, que se corta de cachemira, se pone un rizado de la misma tela, el cual tenga dos centímetros y medio de ancho: este rizado se hace doble, de modo que el borde, adornado con esterilla negra, no tenga dobladillo. La tira del rizado tiene 53 centímetros de largo. La manga se cose á la sisa con un vivo.

El cinturon se forra, y se le coloca una ballena en el medio, se le guarnece con un vivo, y se le cose al corpiño, de modo que cubra la costura que une la enagua al corpiño. Los cabos, atados por detrás, se forman por dos tiras de cachemira azul, como el cinturon, cada una de 32 centímetros de largo por 14 de ancho, á los que se añaden otros dos, cada uno de 25 centímetros de largo, destinados á formar el lazo. Los extremos se guarnecen con un fleco de seda azul de 13 centímetros de largo.

© Biblioteca Nacional de España

Velo de butaca.

LABOR DE APLICACION.

La verdadera labor de aplicacion de Inglaterra (red *hecha por medio del huso*) está y *estará siempre* de moda, porque siendo extremadamente cara no puede caer en la vulgaridad. No sucede lo mismo con la aplicacion, que se hace sobre tul: el bajo precio de este género, falsamente designado con el nombre de encage, es un síntoma del abandono de la aplicacion como objeto de tocador. Se la ha destinado *á otros objetos, y sirve hoy esta labor para* velos de butacas.

Se sabe que la aplicacion es un sobrepuesto de muselina sobre tul. Los bordes son festoneados: la tela aplicada se recorta en todos los sitios en que el tul debe aparecer, los lunares se bordan al pasado.

LA CAZA DE UN JABALI.

—Tio Perico, dijo un dia Anastasio entrando en casa del viejo cazador, esto no puede continuar asi *mas tiempo*.

El buen hombre que estaba sentado junto á la lumbre, acabó de atascar su pipa, tomó las tenazas, cogió con ella una brasa bien encendida, y la aplicó con mucha sorna al tabaco.

Unicamente cuando hubo concluido esta grave operacion, y el humo comenzó á subir en copos azulados hácia el techo, volvió la cara á Anastasio.

—¿*Qué es lo que no puede seguir asi? preguntó* el anciano.

Anastasio vaciló un momento, y luego como un hombre que toma una resolucion repuso con acento firme:

—Lo que hace vuestra hija, tio Pedro, hace un año que os la he pedido en matrimonio, y no me *habeis dicho que no: ella ha pedido* un poco de tiempo para reflexionar, le ha sido concedido, pero todas las cosas tienen fin, y creo que podriais interponer vuestra autoridad para decidirla, pues no lleva traza de querer unirse en matrimonio.

—Contigo no, hijo mio, asi es la verdad.

—No se haria tanto de rogar si se tratara del famoso Bernardo.

—Tú tienes la culpa, repuso el anciano: cuando mi sobrino se estableció aquí despues de la muerte de sus padres, al punto eché de ver que los dos jóvenes se convenian. He hecho en tu favor cuanto he podido: he dicho á la muchacha que no tomaria por yerno sino á un hombre que pudiera sucederme, y esto lo decia por tí, pues el pobre Bernardo no sabia distinguir una liebre de un conejo: él comprendió la cosa y se marchó, y tú en lugar de aprovecharte de su ausencia, te has gobernado de manera que la muchacha te aborrece. El otro ha sido mas astuto: ha hecho su aprendizage y parece *ser que en el dia entiende el negocio, puesto* que el primer ojeador del rey le ha ofrecido agregarle á su persona, pero el mozuelo ha preferido volver aqui.

—Cómo! ¿va á volver? exclamó Anastasio.

—Hoy mismo le espero.

—Lo habria debido sospechar, la Luisa está muy contenta. ¿De modo que me decis que nó definitivamente, *tio Perico*?

El viejo cazador meneó la cabeza, sacudió la ceniza de su pipa, la metió con cuidado en su estuche y se levantó. En seguida se puso á pasear silbando una cancion de caza, lo que significaba que estaba incómodo.

El pobre Taburó que llegó dando saltos para enredarse *en las piernas de su amo, hubo de sufrir el* peso de su mal humor.

—A la paja, holgazan, exclamó tio Perico dándole un puntapié.

El animal echó á correr ladrando, y el anciano avergonzado de su arrebato se acercó á Anastasio y le dijo:

—No, hijo mio, no te digo que nó. Siempre habia tenido la idea de hacerte mi yerno y mi sucesor, porque eres un hombre inteligente, sin igual para perseguir al ciervo ó al jabali. Bien has visto que á Luisa no le faltan pretendientes, porque es una buena muchacha y tiene que comer, y sin embargo á todos los he despachado por tí. Pero ¿qué quieres? yo no puedo forzar su voluntad y hacer que tú le gustes; seamos justos, amigo mio: tú no eres hermoso con tu pelo rojo y tu cara como un tomate.

—Entonces debiais buscar un Adónis y no un cazador para marido de Luisa. No se puede ser uno y otro.

CHAQUETA POSTILLON, VISTA POR DELANTE.

—Tambien en eso te engañas, y si en lugar de hacer tantas visitas á la taberna hubieses cultivado un poco la ciencia y los finos modales, que *siempre producen un* buen efecto en las mujeres, sabrias que el llamado Adónis era un célebre cazador en los tiempos antiguos, y la prueba es que le mató un jabalí cuando se hallaba al servicio de Venus, una señorona de la misma época. Pero no le hace: no quiero que tengas por qué quejarte de mí, y voy á indicarte lo que debes hacer para que el otro no ocupe tu puesto.

El tio Perico hizo una pausa y prosiguió:

—Luisa ha contado sus penas á la condesa que la quiere mucho; por su mediacion ha entrado Bernardo en la montería real para hacer su aprendizage, y ella es quien le ha mandado que venga á la caza de mañana para presentarle al conde. *Trata de distinguirte y de dejar mal á tu adversario*, que nada perderás si sale con lucimiento.

Estas palabras infundieron un poco de confianza al jóven Anastasio, pues se prometia gobernarse de modo que su rival cometiese alguna torpeza para que quedase perdido en las buenas gracias del conde. Veinte años hacia que cazaba en aquel pais, y conocia tan bien todo el terreno, todos los montes contiguos, que segun su expresion, podia tutear á todos los árboles en veinte leguas á la redonda, y bajo este concepto con muy poco trabajo lograria desbancar á un jóven que cazaba por la primera vez en la comarca.

Por esta razon no se mostró incómodo con Bernardo cuando este llegó; hasta aceptó el quedarse á comer con él en casa del tio Perico, é hizo la vista gorda á las atenciones y los obsequios que le prodigaba Luisa. Anastasio buscó la lengua á su rival para ver si le arrancaba alguna heregía en materia de caza, pero se llevó chasco. Bernardo habló de caza, de caballos y de perros como un hombre que está bien al corriente del asunto que trata.

Aun se puede decir que la ventaja de esta primera escaramuza fué para el recien llegado.

—Ten cuidado, dijo el tio Perico al oido de Anastasio; paréceme que el mozo ha tomado buenas y sólidas lecciones.

—*Al freir será el reir, respondió bruscamente* Anastasio: obras son amores.

Y luego en alta voz añadió:

—¿Con que está decidido que mañana atacamos al *tio Antonio*?

—Si por cierto, respondió Perico. Yo le he dicho al señor conde que lo menos nos costaria la broma veinte perros; pero se ha empeñado. Parece *ser que ha habido nuevas quejas contra el tio Antonio*. Por lo demás, esos señores traerán tambien sus perros, y tendremos en campaña mas de ciento veinte perros.

—Trabajo no faltará, dijo Anastasio; pero tanto mejor, continuó mirando á Bernardo: quizá recibirán una leccion los arrogantes.

—Veremos, repuso con voz serena Bernardo.

Al otro dia muy temprano cada cual se hallaba en su puesto. El tiempo estaba claro, pero un poco frio; el rocio habia sido abundante en la noche anterior, y en suma, el dia no podia presentarse mejor para los cazadores.

Anastasio, prescindiendo de su dignidad de ojeador, habia querido recorrer el bosque como un simple perrero. El *tio Antonio* habia pasado la noche en su guarida ordinaria, un matorral de acebo muy enzarzado. El jóven pudo notar que el animal no habia salido todavia. Todo marchaba perfectamente; Anastasio se gozaba ya con el triunfo, y pensaba en la cara que pondria Bernardo.

Soltaron veinte perros y atacaron; pero el animal retirado en su fuerte y protegido por las zarzas de acebo que impedian que los perros se acercasen, no se movió; ni los gritos de los ojeadores, ni el sonido de las trompas lograron nada.

Sin embargo, los cazadores se habian aproximado, y al cabo de media hora de esfuerzos infructuosos comenzaron á perder la paciencia.

—Soltadlos á todos, gritó el conde; eso quizá le *decidirá*.

En efecto, cinco minutos mas tarde el *tio Antonio*, comprendiendo que el ataque era formal, tomó valerosamente su partido. Las ramas de acebo se desviaron de repente, y una masa negruzca se abrió paso por entre los hombres, los perros y los caballos, y echó á correr con la rapidez de una flecha seguido de *toda la jauria y de los ojeadores*.

Los ladridos de los perros, el sonido de las trompas y los gritos que lanzaban los cazadores se confundieron durante largo rato; luego se alejaron, y por fin se perdieron poco á poco.

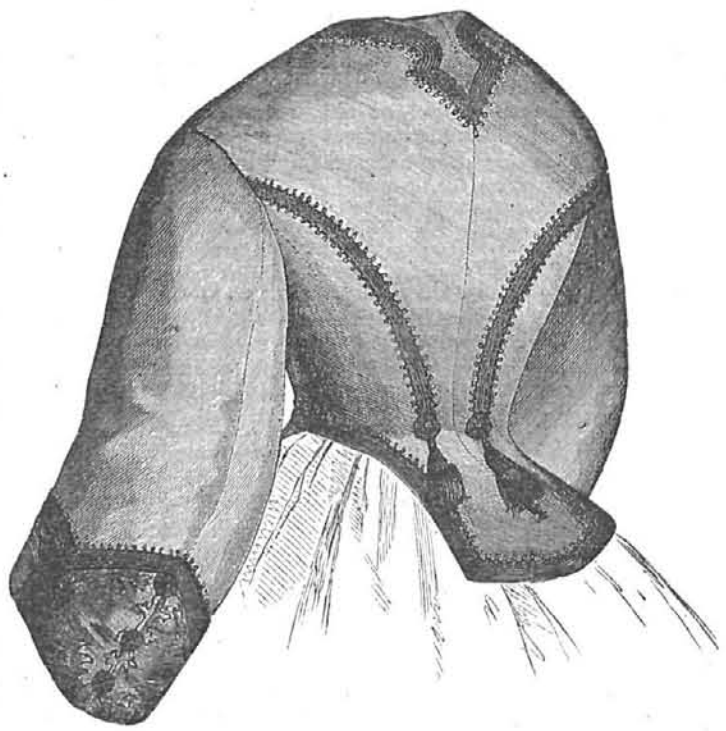
Unicamente Anastasio habia resistido al impulso general, y se habia quedado cerca de las zarzas á donde el animal no podia menos de volver.

—Corred, corred, amigos mios, murmuraba; reventaos con vuestros caballos, que al cabo de dos horas estareis todos con la lengua fuera, y Anastasio que no ha tenido prisa llegará el primero.

Sin embargo, al cabo de una hora como no oyera ni trompas ni perros, se decidió á ir á ver un poco lo que pasaba.

No fué mala idea, pues el *tio Antonio* en lugar de dar su vuelta de costumbre, habia tomado todo derecho, y dejando el bosque de Champagne, habia cruzado valerosamente la llanura y atravesando el Sena un poco mas abajo del punto de Valvin, se *habia metido* en el bosque de Fontainebleau, perseguido siempre por la jauria que se habia arrojado al agua detrás de él y apenas le perdia de vista.

Los hombres y los caballos habian pasado el



CHAQUETA POSTILLON, VISTA DE ESPALDA.

© Biblioteca Nacional de España

puente, y la caza despues de haber atravesado la aldea de Samois, parecia dirigirse hácia Bois-le-Roi, siguiendo la orilla izquierda del Sena.

El puente que atraviesa el rio por este sitio no existia, y Anastasio, detenido en la orilla derecha, se desesperaba porque no podia reunirse con los cazadores, pues era imposible subir hasta Valvin, que distaba una legua, y lo era tambien atravesar el Sena en aquella parte.

En esto creyó oir un ruido de trompas y de perros en frente de él en la otra orilla del rio; muy luego este ruido se hizo mas distinto, y finalmente no tardó en ver al jabalí que desembocaba por una espesura, y se dirigia hácia el Sena. Un perro asomó, luego dos, luego tres, y el animal no se hallaba aun á la mitad del rio cuando ya toda la jauría le seguia, y solo quedaban en la márgen opuesta los cazadores con un rostro de á palmo cada uno.

Tres de ellos sin embargo lanzaron al agua sus caballos; pero solo dos consiguieron atravesar el rio: eran el conde y Bernardo.

Una vez en tierra, volvieron á galopar y se encaminaron á un bosquecillo donde ya les habia precedido Anastasio. Por fin el *tio Antonio* hacia frente á los perros, resguardado contra una roca en el fondo de una encrucijada, el animal acurrucado sobre sus patas traseras, con los ojos como dos ascuas y las cerdas erizadas al rededor de la cabeza y sobre el espinazo, parecia hallarse dispuesto á vender su vida muy cara. Cada vez que se movia era para embestir á un perro que iba rodando á veinte pasos aullando y dejando escapar sus entrañas por una ancha herida.

Mas de veinte estaban ya tendidos sobre la yerba cuando llegaron los tres cazadores. Los demás perros, un tanto acobardados, se contentaban con formar un círculo en torno del jabalí, ladrando con furor y enviándole sin duda todas las invectivas que puede suministrar la lengua canina. El viejo solitario, insensible á estas injurias, parecia estar esperando á un enemigo mas digno de él.

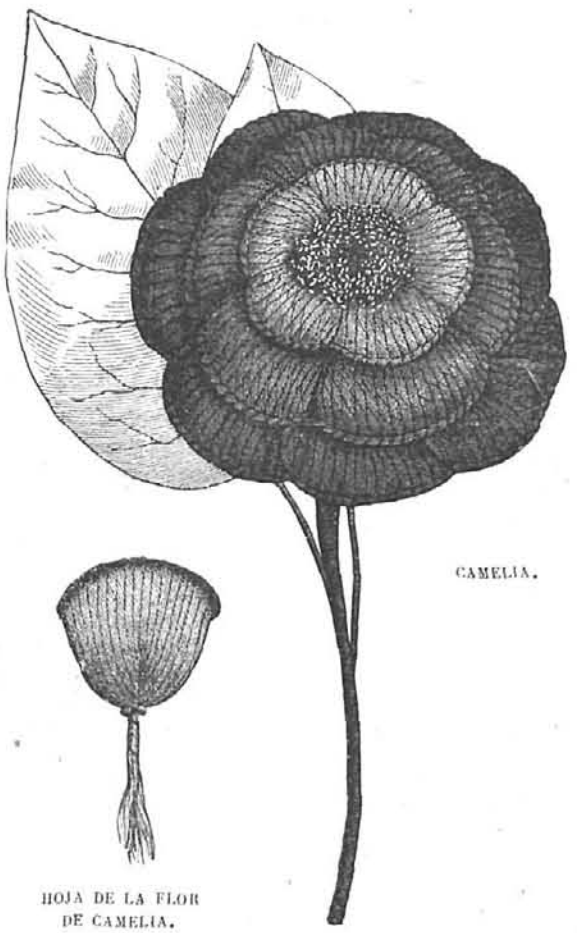
—Arabemos, exclamó el conde; si aguardamos á que lleguen los demás con sus carabinas no nos quedará un perro vivo.

Y sacando su cuchillo de monte, lanzó á su caballo hácia el jabalí.

El conde era un excelente ginete. Veinte veces en una ocasion igual habia acabado con la fiera hundiéndola el cuchillo á la carrera. Pero sea que aquí hubiese tomado mal sus medidas, ó que su caballo fuese mas medroso, lo cierto es que el animal se encabritó al llegar cerca del jabalí y dió un salto que vino á impedir el golpe. Entonces montura y ginete acometidos por el jabalí, fueron rodando á diez pasos sobre la yerba. Gracias al salto del caballo los colmillos no hicieron presa, y el conde se pudo levantar del suelo sin mas averia que una torcedura de pié.

—Vamos, ahora te toca á tí, gritó á Bernardo que habia corrido á levantarle.

—Oh! no, señor conde, exclamó Anastasio; despues de vos me toca á mi esa honra y no á un recien llegado.



CAMELIA.

HOJA DE LA FLOR DE CAMELIA.

—Justo, repuso el conde.

Y Anastasio, plantándose como un torero y ardiendo en deseos de distinguirse con un golpe magistral, se adelantó en derechura hácia el jabalí excitando á los perros para que le saltaran encima de la cabeza en vez de sorprenderle llegando sin ruido por detrás.

Mala ocurrencia, pues apenas habia dado algunos pasos cuando ya el animal estaba sobre él, y el pobre Anastasio tendido en el suelo sentia los colmillos del jabalí que le destrozaban el pecho y las costillas. Dios sabe lo que habria sucedido si Bernardo, precipitándose sobre el animal, no le hubiera hundido toda la hoja de su cuchillo en el pescuezo.

El jabalí furioso se volvió y cayó sobre su nuevo agresor; pero Bernardo desviándose un poco dejó pasar al *tio Antonio*, que fué á refugiarse en un barranco á la distancia de unos cien metros.

—¡Cómo! ¿Le dejaremos marchar así? exclamó el conde; toma tu cuchillo y vamos á él nosotros dos; hay menos peligro.

—Mi cuchillo le tiene dentro del cuerpo, respondió Bernardo; será preciso que Anastasio me dé el suyo.

—Le necesito yo, respondió este que no podia perdonar á Bernardo que casi le hubiese salvado la vida.

Y trató de levantarse, pero inútilmente.

—Toma, toma, le dijo al fin tendiéndole su arma, la suerte te favorece.

El conde, cojeando un poco aun, y Bernardo se dirigieron hácia el barranco donde se habia refugiado el animal, y muy luego le descubrieron acurrucado como antes y con el ojo fijo en los perros que continuaban aullando en su derredor.

Los dos hombres se deslizaron en silencio por detrás del animal andando poco á poco para no despertar su atencion absorbida por los perros, y despues, cuando á fuerza de precauciones y de prudencia llegaron cada uno por su parte, le hundieron al mismo tiempo sus cuchillos en el corazon. Pero el *tio Antonio* no se meneó, ya estaba muerto. La cuchilla de Bernardo habia bastado, y el animal habia ido á espirar en el barranco.

Sin embargo, los demás cazadores habian logrado pasar el Sena en una barca, y llegaron al campo de batalla algunos instantes despues de finalizado el combate.

Entonces se ocuparon de los heridos.

El pobre Anastasio tenia hundida dos costillas, una ancha herida en el muslo y tres dedos de la mano izquierda cortados como de un hachazo. Hubo que hacer unas angarillas con ramas de árboles para llevarle á su casa, donde pasó en cama mes y medio. Se levantó para asistir al casamiento de Bernardo con Luisa, pues como decia con un tono agridulce, se habia visto en la precision de sacrificarse por su rival, que habia llevado su falta de delicadeza hasta el punto de salvarle la vida.

Anastasio se consuela bebiendo, y cuando llega á la cuarta ó quinta botella, rara vez deja de contar la muerte del *tio Antonio*.

—Aquel dia, dice enseñando su mano mutilada, perdí yo al mismo tiempo tres dedos y mi futura, pero no lo siento en verdad, pues la cacería fué soberbia.

P. D.

LEANDRO.

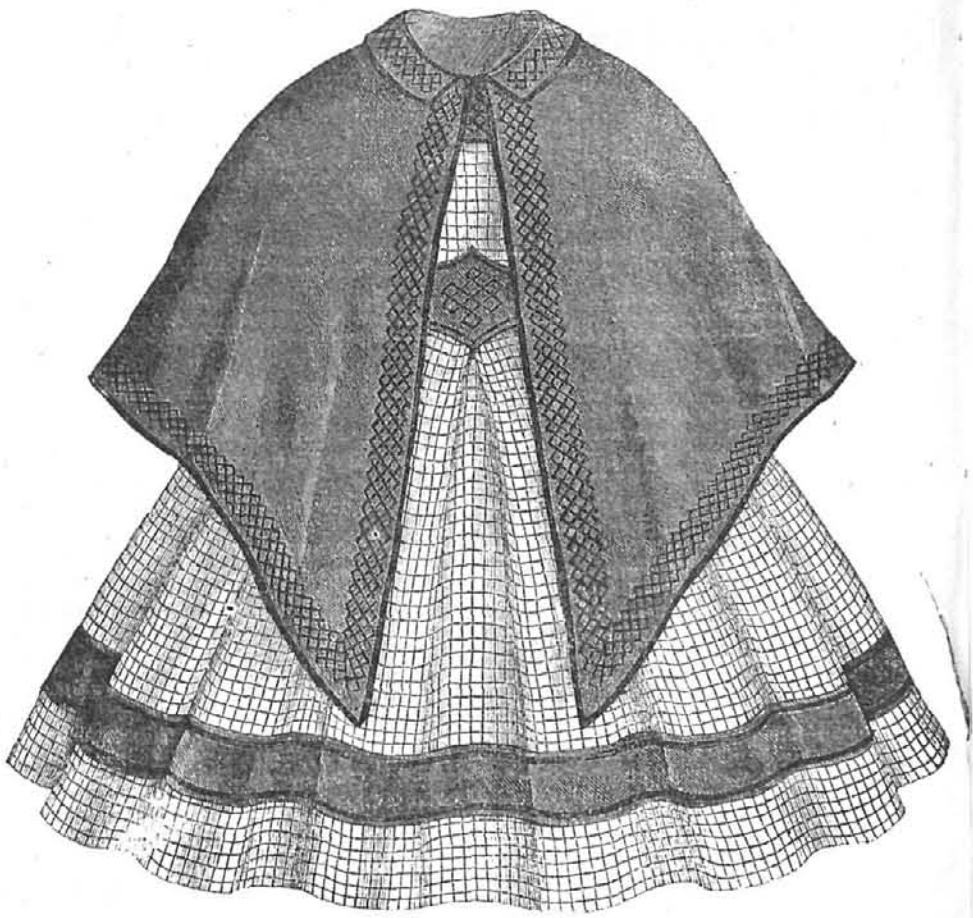
(Continuacion.)

En sus ojos, aunque siempre límpidos y puros como en los primeros años de su infancia, hallaba miradas llenas de vaguedad. Sus megillas tenian la misma frescura que antes; pero ahora se teñian de un encarnado súbito, inesperado. Sus labios tenian algo de mas delicado, mas fino, mas apasionado. Hasta su voz, aunque conservaba su timbre argentino, tenia entonaciones mas flexibles y variadas.

Leandro habia observado todo esto espontáneamente, como si hasta entonces hubiese estado ciego, y un amor violento, inexplicable, se habia apoderado de él.

Hacia muchos dias que no se apartaba de Blanca, que

TRAGE (VISTO POR DETRAS) PARA NIÑA DE 4 A 6 AÑOS.



EL MISMO (CON TOQUILLON) VISTO POR DELANTE.

© Biblioteca Nacional de España

vivia á su lado con aquel amor que le abrasaba.

Habia sido el padre de la huérfana por su solicitud y sus temores; habia sido su hermano por su amistad firme y desinteresada.

Pero ahora era su amante por las nuevas emociones que se habian despertado en su corazon.

Sin embargo, no dejaba traslucir exteriormente nada de estas sensaciones interiores.

Blanca era siempre su hermana adorada y respetada. *Unicamente le sucedia cuando ella estaba á su lado* suavemente apoyada en su brazo, que experimentaba extremecimientos súbitos que se contenian de repente cuando la jóven exclamaba con ingenuidad:

—¿Qué tienes, hermano mio?

Sin embargo, Leandro no se sentia con fuerzas para sobrellevar solo todo el peso de su secreto, y habia resuelto revelarle á Blanca, ocultándola no obstante, para no entristecer su alma, el lado doloroso del suceso que habia unido sus destinos.

Aquel dia el cielo estaba puro y el sol despedia rayos mas tibios y mas suaves. El artista se sentia con ánimo para emprender la conversacion sobre el asunto, y se prometia que Blanca comprenderia mejor tambien los sentimientos que le agitaban cuando la hablase bajo aquel cielo resplandeciente de luz.

Leandro se habia sentado bajo el emparrado desprovisto de hojas, dominado por las sensasiones que hemos tratado de analizar.

Blanca se acercó al artista, y llamándole con el nombre que mas le gustaba darle, le dijo:

—Hermano mio, puedo hablarte?

—¡Ah! ¿eres tú? exclamó Leandro con sorpresa.

—Hace dos horas que no hemos dicho una sola palabra: esto no es lo convenido.

—Sí; es verdad... estaba reflexionando.

—Ya lo sé que reflexionabas... y en alguna cosa triste.

Leandro hizo un movimiento.

—¡Oh! Lo he adivinado, continuó Blanca clavando en él una mirada llena de solicitud y de dulzura; por eso voy á reñirte, hermano mio.

—Te aseguro...

—Te aseguro que es verdad... pero mientras te riño, lo que no corre la mayor prisa, ven y verás.

Blanca tomó á Leandro de la mano y le sacó al jardin.

—Mira si he trabajado, repuso mostrándole los tiestos de flores bien alineados bajo los rayos del sol, la calle acabada de barrer, las hojas secas caidas de los árboles recojidas en montoncitos que esperaban á Francisca, la pajarera limpia, el pequeño estanque lleno de agua bien clara, en el cual los peces de colores ejecutaban sus rápidas evoluciones.

—¿Has hecho todo eso hoy? preguntó Leandro que respiraba mas á gusto ante la alegría con que Blanca le mostraba su obra.

—Sí, todo eso, y tú no lo has notado. Ya ves que tenia razon para decirte que tus pensamientos eran tristes, y así es que te voy á reñir porque no me has dicho nada.

La jóven volvió á llevar al artista al banco de musgo sin soltar su mano; se sentó á su lado, y luego dando á su voz un acento particular de interés, repuso:

—Amigo mio, ante todo tengo que preguntarte si te he causado disgusto en alguna cosa.

—¡Tú! respondió Leandro con un aire que rechazaba *semejante suposicion.*

—Sí, sin saberlo; habria podido disgustarte; dímelo sin temor, y sabré corregirme en lo sucesivo.

—Ya conoces que eso no puede ser.

—Pues bien, entonces si no soy yo la causa de tu tristeza, dime dónde está: cuéntame tus enojos sin ocultarme nada.

Y puso sus dos manos sobre el hombro de Leandro, que á pesar suyo hizo un movimiento como para librarse de ese contacto.

—¡Me apartas! exclamó Blanca con presteza; ¿con que ya no soy tu hermana, Leandro?

—¡Oh! sí... sí... respondió al punto el artista como si hubiese temido que Blanca hubiese adivinado lo que pasaba en él. Pero hoy, añadió, tengo una idea... un trabajo... y luego esa nueva estátua que acaban de poner en el parque y la visita que debo hacer esta noche al duque de Avranches, bajo los auspicios del marqués de Neuville... todo eso, amiga mia, me preocupa y me tiene en efecto triste y pensativo.

—Sin embargo, no son cosas que te deben entristecer, pues...

—Blanca, interrumpió Leandro, que queria sustraerse á las reflexiones de la jóven, ¿quieres permitirme que trabaje una hora, nada mas que una hora... solo... en mi cuarto?

—Está bien, puesto que lo deseas; ¿pero dejarás á un lado la tristeza?

—Te lo prometo.

—Mirame, para que yo me cerciore de que dices la verdad, prosiguió Blanca con una gracia encantadora.

Pero Leandro para librarse á la penetracion de su mirada, la dió un beso en la frente y luego subió á su cuarto, donde dejándose caer en una silla dió rienda suelta á sus lágrimas.

Blanca habia oido á Leandro cerrar la puerta; era la primera vez que esto sucedia, y esta circunstancia unida á la precaucion que habia tomado de amortiguar el *ruido de la llave, la hizo concebir una grande inquietud.* Se lanzó con presteza á la escalera, subió con tiento para no llamar la atencion al artista, y llegada arriba, se detuvo á escuchar.

—Hermano mio, querido hermano mio, exclamó de repente desesperada y pegando en la puerta; ¡Leandro!...

Habia oido sollozos entrecortados de lágrimas.

Sorprendido y asustado, tal era la angustia de la voz que le llamaba, se lanzó al encuentro de la jóven que se arrojó en sus brazos y se colgó de su cuello llorando y dejando estallar la expresion de su ternura y de sus temores.

—¡Pobre hermano mio! ¡pobre Leandro! decia; ¿eres bien desgraciado, sufres mucho para llorar así?...

El artista comprendió que habia descubierto si no la causa de su dolor, al menos el dolor que le consumia, y quiso fingir para consolar á la que le interrogaba con tanta ternura.

—¡Oh! no mientas, repuso la jóven poniéndole la mano en la boca. Es inútil, lo he oido todo... Tú padeces, padeces mucho; sí, lo conozco, lo veo... añadió tomando la mano de Leandro y poniéndola sobre su corazon. Me lo dirás todo, es preciso, aun cuando debiera saber las cosas mas tristes... ¡ay! puedes estar seguro de que no sufriré mas que en este momento.

—¡Pobre criatura! pensó Leandro, sin tener cuidado no obstante de que Blanca no oyera este pensamiento que expresó aunque en voz baja.

—¡Pobre criatura! repitió la jóven sorprendida y tratando de adivinar el sentido de estas dos palabras que la habian dejado estupefacta por el acento con que Leandro las habia pronunciado.

—Blanca, hermana mia, exclamó este con espanto, viendo que la jóven temblaba.

—¡Pobre criatura! volvió á decir Blanca con el mismo acento, ¡oh! hermano mio, ¡si supieras qué daño me hacen estas palabras!

—¡Perdóname... el dolor... un momento de estravío!...

—¡El dolor!... ¡el estravío!... Ya ves que me confiesas que sufres y que me ocultas algun misterio.

Blanca guardó silencio un instante mirando á Leandro, y luego continuó:

—Escucha, si no quieres que la impresion producida

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

VESTIDO DE SEÑORITA. Trage de alpaca color de *Ciruela de Monja*. Lo bajo de la enagua vá adornado con una tira de tafetan del mismo color, pero de punto mucho mas oscuro, formando de trecho en trecho unas como almenas, y llevando todo al rededor un rizado encañonado de tafetan negro.

El dibujo está recortado en la misma tira de tafetan, y sus contornos se orillan de trencilla negra. Corpiño amazona, guarnecido igualmente por un rizado. Chaleco de chal, de piqué blanco. Sombrero redondo de paja gruesa de Italia, adornado con flores, y con una toquillita de encage.

TRAGE DE TAFETAN NEGRO. Lo bajo de la enagua está guarnecido con tres tiras *de tafetan blanco, cubiertas por entredoses de encage negro.* Corpiño con punta y solapas. Manteleta de cabos anchos de la misma tela que el trage y con igual guarnicion.

© Biblioteca Nacional de España

por esas dos palabras, y cuyo peso me abruma en este momento, no se borre jamás de mi memoria y no me mantenga siempre en el abatimiento en que me hallo, vas á decirmelo todo, todo enteramente. Leandro, siéntate... no te dejaré hasta que me hables con franqueza.

Y le estrechaba con fuerza. Leandro se estremeció convulsivamente.

—¡Oh! tú no quieres que muera, repuso al instante con angustia, tomando el movimiento de Leandro por una resistencia, por una negativa de lo que ella solicitaba.

El artista no pudo resistir á esa ardiente plegaria, á ese dolor tan verdadero, tan sincero, y que resignaba de antemano ante el dolor mayor todavia que parecia presentir.

—Voy á explicarlo todo, exclamó con esa voz débil, lenta é impregnada de lágrimas que emplea el hombre para anunciar una buena noticia.

Sin embargo, Leandro no pudo hablar.

Hubo un momento de silencio que fué para Blanca un siglo de ansiedad y de cálculos penosos. Invocaba todos sus recuerdos; trataba de prever lo que su hermano podria descubrirla, á fin de fortificarse contra el golpe que la esperaba.

Pero si sentia sobre su corazon el peso de una tristeza inmensa, incomprensible todavia, y cuya existencia, sin embargo, era muy real, puesto que su hermano la experimentaba, no encontraba nada en el pasado que pareciese motivar la situacion de espíritu en que habia sorprendido á Leandro de repente.

Todo en lo pasado eran memorias de alegría y de felicidad para entrámbas.

En cuanto á Leandro, es imposible decir lo que aquel momento de silencio produjo en su cabeza y en su corazon; fué un tumulto de los pensamientos mas diversos. Se hallaba entregado á la mas punzante irresolucion. Los padecimientos que habia experimentado hacia un instante no eran nada comparados con los que sufria ahora.

Quizá esa irresolucion parecerá pueril; quizá se dirá que era fácil tomar un partido en una situacion semejante.

Ciertamente, si aquel jóven no hubiese amado á Blanca como la amaba, habria seguido el consejo que la delicadeza de sus sentimientos no habria podido menos de darle. Habria guardado silencio, demostrándola siempre la misma ternura, el mismo interés que habria podido dispensar á una hermana.

Pero sentia un amor sin límites, un amor que nada podia ni apagar ni aun debilitar en lo mas mínimo. Si aquel afecto hubiese sido menos sincero, menos ardiente y sobre todo menos puro y menos casto, y si Leandro no hubiese tenido el alma mas noble que puede haber en el mundo, quizá habria empleado un medio vulgar para granjearse el amor de Blanca, y luego en el momento en que ella hubiese correspondido á su pasion, y para que hubiese podido entregarse á ella sin temor y sin remordimientos, la habria dicho que no era su hermano.

Pero para alcanzar este resultado, ¿no habia sido preciso comenzar por inspirar á aquella jóven pura como los ángeles la idea del mal en lo que tiene de mas repugnante?

Habria sido preciso principiar por desflorar la castidad de su alma.

Leandro no podia apelar á semejantes expedientes, cuya sola idea estaba bien lejos de él. Al recibir á la pobre huérfana, habia comprendido que aquel depósito debia serle doblemente sagrado; sagrado por el amor de aquel padre que habiendo cumplido apenas los treinta años, renunciaba voluntariamente á la vida; sagrado por la desgracia y por la tierna edad de Blanca.

Por esto habia cuidado de la jóven con la viva y constante solicitud de un padre y de un hermano. Y cuando el amor se habia apoderado de él, no le habia hecho nacer él por su propia voluntad, sino que habia nacido poco á poco, á pesar suyo y sin que él lo sospechara; de modo que Leandro daba todavía á Blanca el nombre de hermana cuando la amaba ya hacia tiempo, pero en el silencio de su corazon; hasta que al fin un dia ese amor despertándose súbitamente, le dijo:

—Leandro, mientes... Blanca no es tu hermana.

Y entonces el pobre artista se habia despertado tambien y se habia extremecido hasta en lo mas recóndito de su alma; porque habia comprendido de repente que si Blanca no le amaba de veras, no habia ya para él felicidad ninguna en este mundo.

Ahora se comprenderá la irresolucion asi como los tormentos de Leandro. La revelacion que vá á hacer á Blanca debe decidir de su destino. Corre el albur de encontrar una esposa perdiendo á una hermana; pero tambien se expone ¡cruel alternativa! á perderlas á entrámbas.

Sin embargo, no puede callar mas tiempo, debe hablar; ya ni siquiera puede elegir entre el silencio y la mentira. No puede guardar silencio porque Blanca está allí, abismada en su mudo dolor, esperando explicaciones: no puede mentir, porque cuando cree tener fuerzas para revelar su secreto á Blanca y sepultar para siempre su amor en su corazon, oye una voz estridente que le grita:

—Este sacrificio es superior al poder de los hombres.

Tal era el círculo estrecho, círculo de fuego del cual no podian salir los pensamientos de Leandro por mas que daban vueltas.

Blanca no habia perdido de vista las emociones exteriores del artista.

Se apresuró á prestar socorro á su pobre hermano, y le dijo con tono grave, aunque de una incomparable dulzura:

—Hermano mio, mas que nunca conozco cuánto padeces; pero aun diré mas, me parece que sufres por mi, aunque no pueda precisar la causa. Pues bien, escúchame, y despues de lo que te voy á decir, recobra ánimo. Aun cuando tuvieras que anunciarme la mayor desgracia que pueda herirme, nuestra separacion, y nuestra separacion eterna...

Leandro hizo un movimiento.

—Sí, eterna, repitió con una firmeza inspirada, la soportaria con valor y resignacion, y si fuera por tu felicidad, por tu porvenir y por tu gloria, ¡oh! entonces, hermano mio, la soportaria con júbilo.

—¡Oh! Blanca, Blanca, amada Blanca: exclamó impetuosamente Leandro, subyugado por aquella noble abnegacion y estrechando apasionadamente las dos manos de la jóven.

—Lo que acabo de decirte debe darte fuerzas. ¿Y no ves tú, hermano mio, que yo soy fuerte desde este momento? añadió con acento de confianza en sí misma.

Y en efecto, la jóven de diez y seis años habia desaparecido bajo la influencia de las emociones que acababa de experimentar, de las penas que temia mas para Leandro que para ella. Fortificada además por la amistad, por el afecto sin límites que profesaba á su hermano, la jóven se habia convertido de repente en una mujer formal.

Leandro notó la transformacion y se humilló ante tanta razon y tanta fuerza.

Temiendo sin embargo que no viniese á flaquear si diferia el hablar por mas tiempo, se decidió á decir la verdad á Blanca.

—La revelacion que te debo hacer te vá á causar un gran sentimiento; pero acuérdate que tú eres y serás siempre para mí todo lo que yo mas amo en el mundo... ¿Oyes, Blanca? lo que mas amo en el mundo... No lo olvides jamás.

—¡Oh! no, no, lo sé, respondió ella; habla pues, no temas causarme un sentimiento... ya sabes que soy fuerte.

—Trece años hará esta noche, exclamó, que acababa yo en este mismo cuarto donde estamos una obra principiada, cuando oí tres golpes en la puerta; bajé y ví que un hombre habia dejado en medio de la calle una niña de tres años, y habia huido despues. Salí detrás de él, y durante algunas horas le busqué para tratar de inspirarle amor á la vida.

—¡Hermano mio!

—En vano; habia desaparecido, y al dia siguiente supe que aquel infortunado habia cesado de existir.

—¡Cuánto ha debido sufrir! dijo Blanca conmovida, y olvidando un instante su propio dolor.

—Recojí á la niña, continuó Leandro, y juré no abandonarla nunca. La crié con todos los cuidados posibles, con toda la ternura imaginable... era dichosa... pero luego un dia... la persona que siempre la habia tenido ante sus ojos, que la amaba tanto...

Leandro se detuvo y Blanca sintió que el corazon de su hermano latia con una fuerza extraordinaria.

—¡Y bien! exclamó con una voz ahogada... esa persona...

—Esa persona que habia cuidado á la niña, que la habia amado tanto y la habia hecho tan feliz...

Leandro se detuvo nuevamente.

—¡Y bien! repitió Blanca asustada con la alteracion de la voz de Leandro.

—¡Blanca... ¡Leandro no es tu hermano!

(Se continuará.)

A BELLINI.

Pasó un ángel veloz por este suelo,
Se oyó un canto de paz en lontananza,
Y con signos de estrellas en el cielo
Una mano escribió "fe y esperanza."

Pasó como agitado torbellino
Dejando el alma del que siente inquieta,
Pasó, mas con su acento peregrino
Fuente de inspiracion le dió al poeta

Pasó como la dicha en los amores,
Pasó cual la privanza en un palacio,
Pasó como el perfume de las flores
Y de armonías inundó el espacio.

Pasó cual la memoria del que ha muerto,
Pasó como ilusion desvanecida,
Pasó como los aires del desierto,
Y ángel de inspiracion voló á otra vida.

La pátria del artista no es el mundo;
Peregrino de un dia en este valle
Busca otro suelo de placer fecundo
Donde la voz del corazon acalle.

Su vida es solo desastrosa guerra,
Los suspiros se mezclan á su canto,
Y encuentra entre el desprecio de la tierra
La inspiracion á costa de su llanto.

Breves como la dicha son sus dias,
Siempre al dolor sujeto el pensamiento,
Sus mas bellas y dulces armonías
Son ayes que le arranca el sufrimiento.

Lleno de afan su pecho dolorido
Canta y cantando muere lentamente,
Y cuando ya el dolor le ha consumido
El mundo ciñe de laurel su frente.

Mas luego ¡oh Dios! su espíritu elevado
De éter y aroma hasta las blancas nubes,
Mezcla su voz como órgano sagrado
Al coro celestial de los querubes.

Bellini, tú allí estás; oigo tu acento
Que del cielo resuena en lo profundo;
Y es que al formarte Dios, quiso un momento
Encarnar la armonía en este mundo.

Es que le plugo con tu canto bello
Dar del perdido Eden una memoria;
Es que formó tu voz de algun destello
De las sublimes voces de la gloria.

Es que de un ángel te creó á la hechura,
Porque bajando al suelo de improviso
Le dijeses al hombre sin ventura
"Quien siente como yo vá al paraiso."

¡Pobre artista, sentir! tal fué tu suerte
En tu rostro infantil lleno de encanto
Se veian las tintas de la muerte
Entre los surcos que dejaba el llanto.

Norma eres tú, es el dolor intenso
Que del martirio me alcanzó la palma;
Norma es un *¡ay!* de sentimiento inmenso
Arrancado al abismo de tu alma.

Es Norma tu ansiedad, tu misma vida,
El arte que con lágrimas se escribe;
La pusiste en acentos convertida,
Pobló el espacio y por los aires vive.

Por eso yo tu cántico doliente
Lo percibo en el son de una campana,
En el murmullo de la clara fuente,
En la brisa fugaz de la mañana.

Brota en mi corazon cuando suspiro,
Cuando lloro de penas angustiado,
Lo escucho en torno mio cuando aspiro
El aliento de un ser idolatrado.

Y tú no estás, artista; y por do quiera
Oigo entre aplausos pronunciar tu nombre.
Es que has muerto quizá? ¡vana quimera!
No muere el ángel como muere el hombre.

Es que vencido en esa lucha impía,
Falto de paz, cansado de desvelo,
Tu ser se evaporó en una armonía
Y envuelto en ella te subiste al cielo.

FÉLIX PIZCUETA.

La simpática y eminente artista Srta. Marina Albini ha recibido una completa ovacion en el teatro de Almería la noche de su beneficio. Además de infinitos ramos de flores, coronas y una composicion de música, cayeron á los piés de la artista ejemplares de bonitas poesías, entre las cuales se contaba la siguiente

ODA

¡Hija del genio! ¡Singular Marina!
¿Qué númen celestial baña tu frente?
¿Qué acento mas sonoro
Que el ruiseñor canoro,
Brota de tu garganta dulcemente?

¿Eres acaso mágica sirena
Que dejaste los mares,
Por venir á hechizar con tus cantares
Los hijos de este suelo?

¿Eres sueño ideal ó fantasía?
¿Eres ángel del cielo?
O solo una ilusion del alma mia?

Las gratas emociones
Que cual yo el pueblo siente
Cuando tu voz admira,
Es señal evidente
De que no es ilusion, que no es mentira.

Eres hija del genio,
En sus entrañas te llevó amorosa
Aquella artista sin rival y hermosa
Que por do quiera lauros adquiria,
La renombrada *Albini*, á cuya gloria
El arte le consagra su memoria.

Tu númen es del cielo,
Cual ruiseñor y cual sirena cantas,
Y por eso los hijos de Almería
Hoy vienen á porfía
A arrojar mil coronas á tus plantas.

Eres ángel tambien; pura y hermosa
Tú viniste del cielo desprendida,
A calmar bondadosa

© Biblioteca Nacional de España

Con tu voz melodiosa,
Los pesares del alma dolorida.

Y siempre tu recuerdo aunque á las playas
Del mundo de Colon te envie la suerte (1)
Quedará en la memoria donde vayas
Con la esperanza de volver á verte.

J. J. Y G.

VIAJE DE SIR EDMUNDO BRGOMLEY

EN BUSCA

DE UNA TAZA DE TÉ.

(Continuacion.)

Entré en la embarcacion; el hombre se sentó al timon, dos remeros hicieron fuerza con sus remos, y comenzamos á bajar suavemente el rio.

La noche estaba de una admirable serenidad. Pobres chozas cuya base se hundia en el fango, elegantes pabellones de recreo que salian de las ondas reflejando en ellas los ángulos abarquillados de su doble techumbre, pagodas de siete ú ocho pisos que parecian querer lanzarse hasta el cielo, gruesos juncos de redondos flancos, yolas estrechas y rápidas que se deslizaban en silencio como la nuestra por el agua serena, los árboles de la orilla, los campos de arroz, los vergeles, hasta las áridas playas; todo tomaba á la blanca claridad de la luna una gracia, una hermosura, un encanto indescriptibles.

Poco á poco mis reflexiones cesaron de ser amargas, y mi espíritu, como mecido por la brisa que soplaba suavemente, comenzó á flotar libre de toda traba en una region vaga, misteriosa y poética donde se complacia maravillosamente. Estoy seguro de que no dormia; pero tampoco me hallaba tan despierto como hay que estar para discutir las cláusulas de un arriendo con un labrador, ó para apreciar como es debido la cuestion de la reforma electoral ó del libre cambio.

Ignoro cuánto tiempo duró este estado singular que habria sido un asunto de meditaciones para un discípulo de Fichte ó de Hegel; pero lo cierto es que vino á sacarme de él un grito ronco y salvaje: era un cormoran que atravesaba el rio.

Volviendo á entrar entonces en la realidad observé que habiamos navegado mucho. Habiamos pasado Woosung, y nuestra barca se deslizaba entre los bancos de arena que obstruyen la embocadura del Yang-tse-Kiang; los marineros, que al principio habian remado con flojedad, parecian disputar ahora el premio de la carrera á una embarcacion invisible.

Esto me sorprendió algun tanto, y miré al barquero en quien descubrí una expresion de astucia y de audacia en lugar de aquella franqueza y honradez que antes me habian cautivado. Diriji la vista á los remeros: Lavater, á la primera ojeada que hubiese arrojado sobre aquellas dos cabezas bajas y feroces, no habria dejado de exclamar: «Merecen la horca.» El rio estaba desierto. Sentí que se erizaba mi cabello y que mi corazon palpitaba con mas fuerza que de costumbre.

Hice un ademan que en todos los paises del mundo quiere decir: «Volvamos atrás.» El patron se sonrió sin hacer caso, y en cuanto á los remeros, redoblaron su energia, de modo que la barca volaba sobre las ondas.

—Stop! grité con voz breve.

El patron miró á sus marineros de cierta manera; estos abandonaron sus remos, se precipitaron á mí, sacaron cuerdas y argollas, me ataron de piés y manos, me pusieron una mordaza y me tendieron en el fondo de la barca; todo esto no duró mas de un minuto. Evidentemente aquellos hombres acababan de entregarse á una ocupacion en la que eran maestros.

Como yo manifestara mi descontento pegando con mis dos piés atados en el fondo de la barca, el patron vino á mí, y al resplandor de la luna, me puso delante de los ojos un puñal de mango muy cincelado y con una hoja prodigiosamente afilada.

En cualquiera otra circunstancia me habria gustado mucho ver de tan cerca un arma tan bonita, pero entonces confieso que no fué asi; comprendí que no debia contrariar á un hombre que podia sofocar tan prontamente la contradiccion, y me quedé tan quieto como una criatura á quien su madre ha prometido dulces si no hace ruido.

No me habria venido mal dormir; pero el sueño huia de mis párpados, y por no sé qué inexplicable capricho de mi imaginacion, durante toda la noche, que me pareció muy larga, tuve sin cesar ante los ojos, en lugar de las riberas del Yang-tse-Kian, un saloncito sencillo y elegantemente adornado en Leicester-square, una chimenea donde ardia una hermosa lumbre, á la derecha de la chimenea un digno gentleman que leia el *Times*, á la izquierda una buena señora haciendo calceta en medio del salon cerca de una mesa cubierta con un tapete, una jóven rubia y risueña que con mucha gracia estaba llenando de té unas tazas de la China, y por último, á dos pasos de ellos y en una silla de seda verde, un hombre de treinta y dos años que la estaba mirando con ternura. Lo peor de todo era que esta obstinada vision me daba unos deseos de llorar que con mucho trabajo sofocaba.

Por fin amaneció, y descubrí el panorama mas asombroso que he visto en mi vida; pero sin embargo, debo confesarlo, habria preferido á este espectáculo sublime sobre el rio Azul, la niebla mas densa sobre el Támesis.

El bandido que manejaba el timon no me dejó tampoco disfrutar largo tiempo de las bellezas de la naturaleza; me arrojó encima una pieza de tela tosca que me cubrió de piés á cabeza. Sin duda juzgaba á propósito evitar las indiscreciones en caso de encuentro. Yo me resigné filosóficamente á sofocarme, pensando que aquel diablo de hombre podia cortarme la respiracion de un modo mas desagradable todavia.

¿Cuánto tiempo permanecí asi? No sabria decirlo con precision, pero me pareció que habia trascurrido tres ó cuatro horas, cuanto senti que me levantaban bruscamente. Un instante despues me dejaron en el suelo como un fardo que no merece grandes cuidados. Al cabo de algunos minutos, como no oia ruido ninguno, me atreví á separar un poco la tela que me cubria. El lugar donde me hallaba era muy oscuro; me volví con mucho trabajo hácia una pequeña abertura por la que penetraba un poco de luz, y despues de haberme alzado sobre mis rodillas, descubrí el mar bañado por el sol hasta donde alcanzaban mis ojos. Me hallaba en el entrepuente de un barco, que segun las apariencias debia ser de piratas.

Mi posicion evidentemente era pésima, y no tardaron en hacerla cruel los fuertes dolores de estómago que sentí. «¿Me van á dejar morir de hambre?» Este pensamiento que se me ocurrió me turbó de tal manera, que hoy me avergüenzo al recordarlo. ¡Qué ser tan pusilánime es el hombre!

Un bonito sloop con bandera inglesa acertó á pasar á cien brazas del barco chino: me hice con mis dos manos una bocina y me puse á gritar con todas mis fuerzas pidiendo auxilio á mis hermanos. El sloop continuó graciosamante su camino. Otros buques pasaron mas cerca aun; cada vez grité y siempre en vano. Desesperado me dejé caer al suelo; Dios se compadeció de mí, y me quedé dormido.

Mi sueño fué profundo, y cuando desperté, las olas no estaban bañadas por la luz del sol, sino por los plateados reflejos de la luna. Contemplé el mar, y durante algunos momentos, al verla tan apacible y tan brillante, sentí como una suave y poética voluptuosidad; la memoria no me habia venido todavia, pero de repente un furioso calambre en el estómago me volvió á poner en presencia de la horrible verdad.

Hacia quizá una hora que trataba de considerarla con firmeza, cuando oí pasos que me extremecieron; los pasos se acercaron; entró gente en mi calabozo que la noche habia invadido completamente, y cuatro brazos me cojieron. Eran los brazos de dos hombres robustos que me llevaron como habrian podido llevar á un niño; subieron con presteza una escalerilla que conducia sobre cubierta, y con delicias aspiré el aire fresco de la noche mientras mis ojos contemplaban el cielo. Casi en el mismo instante se descorrió una cortina que cerraba una especie de pabellon que habia á popa del buque, y mis hombres que eran los remeros de la maldita barca, me tendieron suavemente sobre una blanda alfombra, y se colocaron despues el uno á mi derecha y el otro á mi izquierda.

Nadie puede haber tenido jamás una sorpresa semejante á la mia en aquel instante. Me hallaba en el aposento mas encantador que puede imaginar una coqueta parisiense. Todo estaba colgado de tela bordada de oro y plata; una araña de cristal de la forma mas elegante colgaba del techo; la llama de sus veinte bugias se reflejaba en seis espejos de Venecia con marcos maravillosos, y bañaba de luz cristales de Bohemia, esmaltes y jarrones de la China, porcelanas y mosáicos italianos, collares de perlas, brazaletes de pedrerias, armas preciosas, tesoros de todos los paises y de todas las épocas amontonados en grandes aparadores de laca del Japon.

Muchas veces desde por la mañana se me habia ocurrido que estaba en un barco de piratas; y me vino á quitar toda incertidumbre aquel pabellon cuyo lujo habia suministrado el mundo entero.

Un hombre de cincuenta años y una mujer que apenas tendria veinte estaban sentados delante de una bonita mesa tomando té. El hombre con sus pómulos salientes, sus orejas grandes y aplastadas, y su boca formidable y sus labios y su imperceptible nariz, era seguramente el chino mas feo que se podia hallar desde Canton hasta Pekin. Además este monstruo era tuerto, y el ojo sano, un ojo pardo y profundamente hundido en la órbita, coronado con una ceja erizada, tenia un brillo feroz. El pirata estaba magnificamente vestido con una chaquetilla de brocado de oro y un pantalon de seda color de cereza; un sable turco, digno de un gran visir, colgaba de su cinto, por el que asomaban dos largas pistolas.

En cuanto á la mujer, habria sido admirada en todo el mundo; presentaba el tipo chino con todos sus encantos, y los poetas del Celeste Imperio se habrian encontrado escasos de metáforas para celebrar sus perfecciones; pero ¡cosa singular! la mirada de aquella preciosa criatura de rasgos infantiles, era glacial y casi siniestra. Estaba adornada como un idolo; en cada uno de los dedos de su manita torneada tenia la fortuna de una familia, y su graciosa garganta parecia doblegarse bajo el peso de unos collares dignos de princesas.

Detrás del bandido y de la jóven estaba en pié el marinero cuya honrada fisonomía me habia inspirado tanta confianza.

A una señal del amo los dos hombres que me habian traido me registraron y fueron sacándome y poniendo sobre la mesa mi relox el retrato en miniatura guarnecido de brillantes de miss Aurora, y mi cartera que encerraba una buena provision de bank-notes que habia tomado el dia anterior en casa de un banquero de Shang-hai, donde tenia yo letra abierta. El hombre de la barca que andaba á caza de aventuras, me habia visto sin duda cuando salia de casa del banquero, y pensando que podia ser yo una buena presa, me habia invitado á dar el paseo que probablemente iba á pagar un poco caro.

El retrato excitó vivamente la curiosidad de la jóven, quien fijando sus crueles miradas en las delicadas facciones de mi prometida, se sonrió con una expresion de malevolencia. Entretanto el pirata contaba los bank-notes cuidadosamente, y al concluir se inclinó hácia su compañera y la habló en voz baja; la jóven meneó con indiferencia su cabeza. Entonces dió una órden; uno de los remeros volvió á presentarse trayendo una gruesa bala de cañon, que arrodillándose ató á mis piés.

Al punto comprendí; me habian robado, ya de nada les podia yo servir y me iban á tirar al mar. Creo que en aquel momento habria preferido que me condenasen á morir de hambre. ¿Quién se encargará de explicar las singularidades y las contrariedades del corazon humano?

Una vez que el bandido hubo dado fin á su tarea, se levantó y dirijió humildemente la palabra al pirata; sin duda le pedia sus últimas órdenes. Antes de responder, el monstruo tomó la taza de té que tenia delante y la llevó lentamente á sus labios.

Yo le miraba como mira un hombre cuyo pensamiento está en otra parte, cuando de repente lancé un grito, la sangre se me subió á la cara, y maquinalmente hice un esfuerzo para romper mis ligaduras; la taza que el horroroso chino se llevaba á la boca era la misma que yo venia buscando y que me costaba la vida; la habia reconocido, no me cabia duda.

Al oir la exclamacion que yo no habia podido contener, el pirata, levantó la cabeza, me miró iracundo, y con la mano hizo una señal que queria decir: «Llevaos á ese hombre.» Los dos bandidos se dispusieron á obedecer; ya se habian apoderado de mi, cuando de repente la puerta del pabellon se abrió y apareció en el umbral un marinero, quien pronunció algunas palabras con voz rápida y conmovida.

El pirata saltó sobre su asiento, se arrancó las pistolas del cinto y salió del pabellon. El patron de la barca corrió detrás de él, sus dos compañeros me dejaron caer sobre la alfombra y le siguieron, y yo me quedé solo con la jóven que se habia puesto muy pálida.

Durante algunos momentos no oí mas que muchas pisadas sobre cubierta, pero en breve resonó un clamor salvaje seguido de un ruido de aceros que se cruzan y de cinco ó seis pistoletazos. Se estaban batiendo. Muy luego el ruido cesó y un marino francés entró en el pabellon con un revolver en una mano y un sable en la otra. La jóven china se puso á temblar en todo su cuerpo, pero el marino la tranquilizó con un ademan y se inclinó hácia mí.

—¡Cómo! ¿Sois vos, sir Edmundo? exclamó en el colmo de la sorpresa.

—El mismo, M. Bernad, le respondí, pues habia reconocido al amigo de M. Harrisson. Y os aseguro que llegáis oportunamente. El cielo os ha enviado en mi socorro; un minuto mas tarde habria estado yo en el fondo del mar Amarillo con esta bala al pié, que seguramente me habria impedido el salir jamás á la superficie.

—Pero ¿cómo es que os encontrais en un barco de piratas?

—He cometido la necedad de salir á pasearme al mar con hombres á quienes no conocia, y que me han traido aqui para robarme y echarme al agua despues. Y vos ¿cómo es que habeis llegado tan á punto para libertarme de las garras de estos demonios?

—El almirante ha enviado hace algunos dias una flotilla para escarmentar á los bribones que aqui abundan, y mi buena estrella ha querido que fuese yo de la expedicion. Hemos metrallado un poco á los bribones en las aguas de Chuzan, capturando de paso no pocos de los buques que abandonaron. Yo me volvia tranquilamente á Shang-hai en el bergantin que se halla bajo mis órdenes y que marcha de vanguardia, cuando descubrimos este barco. Tuve curiosidad de visitarle con mi gente, pero fuimos mal recibidos, y he debido dar una leccion de urbanidad á estos señores. La leccion ha sido corta pero buena, y todo está ya arreglado... Mas estoy charlando sin pensar que lo primero es libertaros de vuestras ligaduras.—¡Oh! no tengais prisa, le respondí, ahora no tengo mas que querer para recobrar la libertad de mis miembros.

Una hora despues el bergantin entraba en las aguas del Yang-tse-Kiang remolcando el barco chino cuya tripulacion y capitan habian sido encerrados bien ataditos todos en el entrepuente, donde habia pasado yo unas horas de hambre. Habian dejado á la bonita china en su lujoso pabellon, y un marino estaba de centinela á la puerta.

Esta mañana hemos entrado en el puerto de Shang-hai; á las once han juzgado á los piratas, y á las doce les han cortado el cuello, sin darles tormento previamente, porque en la actualidad el verdugo está muy ocupado. Los bandidos han muerto como valientes. A las seis de la tarde subastaron el barco con todo lo que contenia inclusa la china que fué adjudicada á un mandarin. Yo cómpré por seis cuartos la preciosa taza cuya posesion me asegura la felicidad. Aquí la tengo, delante de mi, sobre la misma mesa donde estoy escribiendo. Pasado mañana salgo en el vapor el *Pelicano* para Europa, y dentro de dos meses, si Dios quiere, miss Aurora Primrose se llamará mistress Broomley.

(1) La Srta. Albini recibió dias antes de su beneficio proposiciones para ir á América.

© Biblioteca Nacional de España

Anoche tuve una larga conversacion con mi amigo Bernard, que posee un corazon excelente. Primero dimos una vueltas por la plaza del Té hablando de cosas insignificantes y tropezando con los aguadores y con las cocinas al aire libre. El tiempo estaba tan hermoso que nos convidó á salir de la ciudad. Llegamos á un sitio solitario plantado de árboles: la luna atravesando el follaje inundaba con su plateada luz un antiguo mausoleo. Todo era silencio en nuestro derredor; aquella tumba de un muerto desconocido aumentaba para nosotros el misterio de la noche, pero no la entristecia. Una suave emocion llenaba nuestras almas. El jóven marino me hizo en voz baja la confidencia del amor que le habia inspirado miss Harrisson.

—Tambien ella os ama, le dije yo.

—Sí, me respondió mas bajo todavía; pero ella es rica como una hija de rey y yo soy pobre.

—¿Qué le hace? os casareis.

—¿De veras creeis?...

—Creo que tiene mas probabilidades un buen muchacho pobre de casarse con una jóven rica, que le ama, que no las tiene un loco de encontrar en el Celeste Imperio la única taza de porcelana que para él posea algun valor. Confidencia por confidencia.

Y le descubrí el secreto de mi expedicion á la China.

A bordo del *Avestruz*.

Hoy, 17 de julio, deberia yo estar navegando hace cinco dias con destino á Inglaterra en el bergantin el *Pelicano*, y me dirijo hácia el golfo de Petchili en el falucho el *Avestruz*.

El hombre propone y Dios dispone, como dice el proverbio.

El domingo por la mañana mandé llevar mi equipaje á bordo del *Pelicano*. El buque no debia salir de Shang-hai hasta el mártes siguiente en la tarde, y como la ciudad no tenia ya nada que excitara mi curiosidad, resolví ir á visitar una pagoda muy célebre situada á quince ó veinte millas en el interior de las tierras.

El mártes por la mañana habia vuelto de mi excursion, y con asombro descubrí que el *Pelicano* ya no estaba en el puerto.

(Se continuará.)

BALTASAR, DRAMA ORIENTAL EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO, POR LA SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Esta ha sido la gran novedad de la semana, y digna ciertamente, así por su ejecucion como por el modo con que se ha puesto en escena, del grandísimo éxito que ha alcanzado aqui, no inferior de seguro al que haya conseguido en otra parte alguna.

Todos recuerdan lo que nos dijeron los periódicos acerca de su estreno en la córte. Cuarenta y ocho repeticiones consecutivas apenas bastaron á templar la ansiedad con que aquel público acudia al coliseo, y una voz unánime de encómio se levantó para extender por la España entera el deseo de ver en escena aquella obra, allí tan largamente aplaudida; pero aquel drama se hizo para Valero, así como Valero parece haber sido formado para aquel drama; era preciso que él viniese á ejecutarlo y no otro; porque él en este caso puede aplicarse aquellos sabidos versos traducidos del Ariosto, hablando de las armas del célebre paladin:

«Nadie las mueva
que estar no pueda con Roldan á prueba.»

Mas antes de hablar de la ejecucion y del exorno, dirémos algo del drama mismo, en el cual, sin menoscabar en un ápice el mérito que de muy buena gana reconocemos y admiramos en su distinguida autora, el deber de críticos nos pondrá en el duro caso de señalar defectos, que en ninguna obra humana faltan; porque la perfectibilidad no fué concedida por Dios al hombre, sin duda para recordarle siempre que lo es.

La accion, como desde luego se comprende, supónese en Babilonia en los tiempos del cautiverio de la nacion judía. Joaquin, último rey del vencido pueblo, privado de la vista como de la libertad, languidece en un oscuro calabozo, en el que le acompañan su hijo Rúben y su próxima parienta Elda, sobrina del profeta Daniel, el cual, merced al don que habia recibido de Dios, es respetado y hasta reverenciado en la córte de Baltasar. Este rey mozo, corroido por el hastío de los placeres, cansado de reinar con absoluto mando sobre seres degradados, y abyectos á quienes desprecia, ansia emociones nuevas, siquiera sean dolorosas, que pongan en accion su alma varonil y alentada, busca algo que haga latir su corazon, algo que no se someta ciegamente á su voluntad omnímoda, algo en fin que le haga sentir que vive, que es hombre.

Este carácter, filosóficamente concebido y maestramente delineado, es una de las principales bellezas que hemos hallado en el drama: nos complacemos en consignarlo así.

Nitócris, madre del rey, alma grande y bondadosa, al par que lamenta el estado de su hijo querido, procura suavizar la suerte de todos los que gimen, y estimulada por estos sentimientos, compadecida de los míseros cautivos, se presenta en el calabozo de Joaquin, y despues de hacerle esperar su libertad en un espacio breve, ruega á Elda que la siga á palacio bajo su patrocinio, no solo para alejarla de aquel triste lugar, sino para proporcionarle un medio de suavizar con sus súplicas el duro cautiverio en que gimen sus hermanos. Elda, que ama á Rúben, que se ha desposado con él, y que no quiere abandonar al pobre ciego, rehusa al principio, pero vencida por los ruegos del anciano, accede al fin, y con el alma partida de dolor se separa de su esposo y de su padre para seguir á la reina Nitócris. Daniel llega despues alarmado y temiendo por el honor de su sobrino; él sabe que los cortesanos de Baltasar buscan una mujer que pueda encender el amor en el gastado corazon del rey, y Elda pudiera fácilmente ser esa mujer que con tanto afan se busca. Pero es ya tarde; Elda ha partido, y sus palabras siembran la desesperacion en el alma del esposo y del padre.

Convengamos aquí en que semejante revelacion de Daniel no coje de nuevas á los espectadores, que desde luego han admirado la candidez de Joaquin y de Rúben, á los que no se les ocurrió todo el peligro que corria una mujer jóven y hermosa en el palacio de un rey como Baltasar, contra quien toda resistencia era insensata. Este incidente es la base de toda la accion, y por eso nos hemos detenido en él; pero ya se vé que esta base es mala.

Los sucesos comprueban pronto los temores de Daniel, temores que eran ya antes los de todos los espectadores y lectores del drama. Baltasar vé á la judía, la halla hermosa y altiva, resiste á sus mandatos, la ama, y tambien resiste á su amor; pero como su amor era todo oriental, apela á la violencia, y aquí Rúben aparece para interponerse entre la esposa y el rey, al cual insulta. Esta inusitada osadía complace á Baltasar, quien despues de haber hecho retirar á los que acuden á su defensa, se bate con Rúben y lo vence, haciéndole caer desarmado á sus piés, y dejándolo despues ir libre. Este es un rasgo de talento de la distinguida autora, porque es consecuente con el carácter que ha dado á Baltasar.

Elda ha sido llevada al harem del monarca, donde á pesar de lo usos constantes de tales sitios, ha sido respetada por su dueño, y donde además se permite libre entrada á Joaquin, que ya ha salido de su mazmorra, y á Rúben, tenido por hermano de Elda. Semejantes favores irritan al pueblo, que quiere acabar con los judíos, y que ruge á las puertas mismas del harem; pero Baltasar manda que se las franqueen para mostrarle á la que ha elegido por esposa. Esta y Rúben declaran que están casados, y el rey, en el exceso de su cólera, arroja á Rúben, al populacho irritado como una presa para que se cebe y en seguida manda preparar un suntuoso festin para captarse la benevolencia de los disgustados sátrapas.

En medio de él se presenta Elda, que ha perdido la razon, y que es llevada de allí moribunda. Viene en seguida Joaquin, y el rey, por burla, hace sacar los vasos sagrados del templo de Salomon, y pretende que el cautivo libe con ellos en honor suyo. Entonces un espantoso trueno seguido de un rayo deja en la oscuridad la sala del festin, apareciendo en letras de fuego las tres misteriosas palabras, que Daniel, llamado al efecto, interpreta. Los persas y los medos penetran en Babilonia; Baltasar cae herido y muere, y Nitócris pone fuego al palacio.

Segun se ha podido observar, hay en este drama grandes efectos y situaciones de alto interés; pero el cuarto acto en especial es lánguido, así como tambien algunas escenas del segundo, donde muy fuera de sazon, en medio de una fiesta y ante toda la córte, el rey y su madre entablan discusiones filosóficas, muy agenas de la ocasion y de los personajes.

La escena final del tercer acto, en la que aquellos caníbales arrastran rugiendo su presa, nos parece demasiado horrorosa.

Este drama se ha puesto con un lujo, con una propiedad, con un gusto y con una inteligencia que nos han sorprendido. Las decoraciones son muy bellas, y se ha sacado un partido que no esperábamos de aquel mezquino escenario. La direccion ha sido como del Sr. Valero, que sabe hacer actores hasta á los comparsas, y eso á tal punto que el público ha pedido todas las noches que estos se presenten concluido el tercer acto, para colmarlos de aplausos.

El Sr. Valero está en el papel de Baltasar á toda la altura de su gran reputacion. Parece imposible el poder ir mas allá. El público de Cádiz lo ha visto, y en su reconocida ilustracion ha aplaudido en él, no solo las escenas de empeño, de que un actor puede sacar siempre mas ó menos partido, sino esos rasgos de genio en que se revela el insigne artista; por ejemplo, el: «¡Nadie le toque!» y el: «¿Quién es este hombre?» de la escena 6.ª del 2.º acto. ¿Qué son esas dos frases así escritas? ¿Y qué son en boca de Valero? Responda por nosotros el púlico.

Las entradas abundantísimas; los aplausos entusiastas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Una reclamacion filarmónica.

Por muchos y muy diversos conductos se nos ha pedido llamemos la atencion de quien corresponda acerca de la música de la plaza de Mina. Quéjanse los reclamantes de que la banda del Hospicio sirve poco, ó mejor dicho, nada para el caso, porque como los jóvenes que la componen son contratados en los cuerpos tan pronto como se encuentran con alguna aptitud, hay que resignarse á oir solo á los que están haciendo su aprendizage, lo cual no es nada grato por cierto.

Y aun pase si en Cádiz no hubiera otras bandas excelentes, como las de los regimientos de Artillería y el Rey, cuyos gefes han tenido siempre la galantería de no negarlas nunca; pero como el hecho es que tales bandas existen, es tristísima cosa el haber de tener á pasto las cuatro dancitas que constituyen el repertorio instrumental de la casa de Misericordia.

De esto se lamentan los aficionados paseantes de la plaza, y esto nos ruegan publiquemos á los efectos á que haya lugar.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TAFETAN AZUL MÉJICO. La enagua vá guarnecida con seis volantes encañonados, que ocupan un espacio de 30 centímetros; encima del último volante se halla un fleco de felpilla. Corpiño con escote cuadrado, cubierto por una pelerina pequeña y cuadrada, guarnecida por un volante encañonado, medio cubierto por un fleco de felpilla. Mangas anchas con igual guarnicion que la pelerina. Sombrero blanco de paja de arroz glaseada, adornado con flores de manzano.

NIÑA DE DIEZ AÑOS. Trage de fulard blanco; la enagua se guarnece con dos volantes encañonados dispuestos en festones, sobre los cuales vá un dibujo ligero de trencilla negra. Corpiño escotado, con berta dispuesta tambien en festones, volante encañonado y trencilla. Mangas cortas. Sombrero de paja de arroz, como la anterior figura, adornado con un gran copo de cinta de terciopelo negra. Por dentro del corpiño, camiseta plegada de nansouk con mangas largas,

NIÑO DE 5 AÑOS. Vestido de piqué blanco; paletot de piqué color de mahon, orlado con galoncillo color castaño. Sombrero de paja, con copo de cinta negra de terciopelo, y pluma larga.

Solucion del geroglífico.

Leonnardo, pintor de cámara de Felipe IV, murió en 1556 en una casa de dementes.

La Administracion de la Moda Elegante en la ISLA DE CUBA, se halla establecida en la Habana á cargo de D. Benito Gonzalez Tánago, calle de la Habana n.º 126.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

H. LELOIR
Gilquin et Dupain Impr. r. des Fossés St J. 35 Paris
E. G.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadix

nº 28.

© Biblioteca Nacional de España